

## Tribuna abierta

## Jon Darpón

POR Koldo Mediavilla



**E**L propietario de un pequeño comercio del barrio en el que residí me preguntaba ayer extrañado por la dimisión de Jon Darpón. “¿Por qué se marcha?”, me interpeló. “Me parece un despropósito que un hombre que ha demostrado una gran valía tenga que irse así. ¿Por qué? ¿Porque no le quieren los de Batasuna? ¿Porque el PP está cabreado con el PNV tras haber echado a Rajoy y le quiere pagar con la misma moneda? Esa política es la que la gente de la calle no entiende”, prosiguió mi vecino. “Tenemos una sanidad que, con sus problemas y fallos, es la envidia de todo el Estado. Además, no hace falta que nadie nos lo diga. Basta con ser un usuario de la misma para darse cuenta de que los impuestos que pagamos están bien dedicados. Nos sentimos seguros y protegidos y eso es gracias a los profesionales, a los médicos, a los enfermeros, a todo el personal. Y también a los políticos que gestionan Osakidetza, que es una de las joyas de la corona del País Vasco. Pero eso no parece ser suficiente para algunos, Darpón —finalizó su monserga el tendero— es un buen tío. Yo confiaría en él para lo que hiciera falta. No entiendo a quienes se lo han cargado. Son unos irresponsables”. Me quedé sin argumentos con los que responder. Él lo había dicho todo y vehementemente. Nada que apostillar. Salvo un “meca-güen” que me tragué para mis adentros. Y en ese trago amargo me vienen muchas sensaciones a la cabeza. Injusticia, crueldad, desvergüenza, falsedad. Mi más profundo desprecio para quienes, sin ningún fundamento, ninguno, han cargado contra la profesionalidad, la integridad y el buen nombre de Jon Darpón. Parlamentarios sin escrúpulos, sin filtros éticos. Canibales miserables a los que todo les vale con el bajo instinto de desacreditar al adversario. Portavoces de la infamia que no necesitan probar nada de lo que acusan. Inquisidores que se sienten fiscales, jueces y verdugos a la vez. Revolucionarios de guillotina y cadalso. Políticos de basurero que nunca han sabido aportar nada en positivo y que han convertido su acta representativa en una licencia para denigrar. Sí. Mezquinos manipuladores de

la realidad que solo aplican el principio de la presunción de inocencia para los amigos. Para los demás, látigo, sospecha, difamación y escarnio.

En las antípodas de esta clase política de barraca y taberna sitió a Jon Darpón. Un hombre honesto, íntegro. Sin doblez. Un profesional de la medicina que, cuando estaba ganando tres veces más de la retribución que iba a cobrar como alto cargo, decidió comprometerse con una gestión pública. Por vocación de servicio. Por compromiso de país. Para mejorar el bienestar de la gente.

No aceptó entrar en política “para forrarse”. Ni para alimentar su vanidad o su expectativa de conocimiento público. Todo lo contrario. Y en ese ímpetu de modernizar y mejorar las prestaciones sanitarias volcó todo su bagaje profesional. El de un médico incansable al servicio de sus pacientes. Pese a la grave crisis económica pasada, mantuvo el pulso de la sanidad pública vasca. Inauguró nuevos centros hospitalarios comunitarios (Gernika, Urduliz, Eibar). Planificó la atención primaria y la investigación (Biocruces). Consiguió nuevas inversiones tecnológicas. Impulsó una planificación de primer nivel en oncología. O defendió, entre otras medidas, las ayudas públicas a los sectores más necesitados en el denominado “medicamento”. Ahora estaba dispuesto a dotar al Servicio Vasco de Salud de los recursos humanos necesarios para garantizar la estabilidad —a un 95%— de su plantilla estructural. Todo ese magnífico balance de gestión no le ha servido ante el feroz acoso al que se ha visto sometido.

En la presión externa que ha motivado la salida del gobierno del consejero Darpón han coincidido, a modo de ariete inculpatario, dos ámbitos; el político, modulado por la oposición parlamentaria, y el mediático, en el que cabe resaltarse el papel agitador de determinados opinadores habituales. Los críticos, los comentaristas y los parlamentarios de la oposición no han podido confirmar a través de pruebas incontestables las graves acusaciones que han vertido en torno al proceso selectivo de la OPE de Osakidetza: Ni una sola evidencia. Si así hubiera sido, deberían haberla comunicado inmediatamente al juzgado de guardia correspondiente. Pero no. Difamar es fácil. Cosa distinta es contrastar verazmente los recelos.

Que hay indicios de irregularidades nadie lo niega. Ni tan siquiera la investigación interna llevada a cabo por la propia Osakidetza, lo que permite creer que esta se ha llevado diligentemente y sin cortapisas. Pero una cosa es hallar apariencia de infracciones y otra bien distinta documentar y probar que las ha habido determinando los responsables que presuntamente las han cometido. Pese a eso, y por elevación, quienes han sido incapaces de constatar dónde estuvo el presunto fraude, quién lo cometió y cómo lo llevó a efecto, fijaron el ámbito de responsabilidad de las sospechas al referente político del Departamento de Salud. Caza mayor. Como si el bueno de Jon Darpón hubiera, por acción u omisión, participado o consentido las presuntas irregularidades.

Es muy fácil tirar la piedra y esconder la mano. Y en este caso fueron muchos los guirros lanzados contra Darpón, incluida una propuesta parlamentaria de reprobación y la latente alternativa de censura que algunos grupos barajaban decididamente. Alguno interpretará que las iniciativas llevadas a cabo por el Gobierno vasco para esclarecer lo ocurrido en las primeras pruebas de la oferta pública de empleo de Osakidetza han sido insuficientes. Será una opinión discutible. Lo que nadie podrá argumentar es que ante las primeras denuncias de irregularidades, el equipo de Jon Darpón asumió el compromiso de investigar a fondo. No solo desde el ámbito gubernamental, sino colaborando activamente con el Ararteko y la Fiscalía. Y así lo ha hecho.



El procedimiento de la OPE, se olvide o no, fue pactado con los sindicatos ŞATSE, SME y UGT. Nadie lo cuestionó. Ni los sindicatos firmantes ni quienes no lo hicieron, que solo fueron capaces de criticar el número de plazas ofertadas. Nunca las bases ni los procedimientos.

Fueron los tribunales, órganos independientes y soberanos, quienes tras la investigación interna, decidieron remitir cuatro expedientes a la Fiscalía. Esta, en su denuncia admitida por el juzgado, ha señalado indiciariamente a tres personas, conformantes de tribunales como investigadas en la causa. Tres personas imputadas de los centenares de funcionarios que conformaron y tomaron parte activa en los tribunales y en el proceso selectivo. Tres personas, tres, sin ninguna responsabilidad política ni identificación partidaria. Lo digo por el mantra de "enchufismo", "clientelismo" y "nepotismo" repetido insidiosamente en sede parlamentaria.

La búsqueda de la verdad es una quimera en la política que algunos practican. Ni el bien común ni la transparencia son el objetivo.

Lo que se pretende es simple y llanamente la destrucción del adversario. Debilitar al gobierno como sea, al margen del contraste democrático y de la decisión final de la ciudadanía. Ganar con la calumnia lo que no se puede hacer en las urnas.

La víctima propiciatoria en este caso ha sido Jon Darpón, pero no nos equivoquemos, el reputado médico bilbaino no ha sido sino la víctima colateral de una estrategia que apunta más arriba. De ahí el valor del gesto del ya exconsejero de apartarse para evitar que la campaña difamatoria infectara al gobierno, a su lehendakari o al PNV. Su sacrificio no ha contentado a quienes exigen su cese. Estaba cantado que así fuera. Como lo está que en lo sucesivo padezcamos nuevos episodios que pretendan incriminar a otros representantes públicos de este gobierno. Así lo apuntan las dinámicas de agitación y protesta político-sindical que amenazan con arreciar en los próximos meses en una estrategia de derribo electoral. La historia se repite. Antes fue la acusación generalizada de la "corrupción vasca" del "partido del negocio". Ahora, el descrédito busca sectores sensibles de la gestión pública; la sanidad, la educación, la seguridad... El paso dado por EH Bildu en este caso rompe cualquier hipótesis de colaboración entre los jeltzales del PNV y esta formación. El partido de Otegi ha traspasado una línea roja, la del respeto. Y sin respeto no hay posibilidad de acuerdo alguno. La persecución hasta la censura de un consejero sería considerado *casus belli*. Que ahora no se llamen a equívocos. Estaban advertidos. ●